

tro colegio para visitar al recién llegado (1). Al día siguiente presentóse en palacio para besar las manos al rey. ¿Cómo fué recibido por Juan III? Oigámoslo al P. Bustamante, que iba siempre al lado del santo en estos viajes y visitas: «Entrando [el P. Francisco] en el aposento del rey, halló en la misma pieza á la reina, y luego que entró el Padre, se levantaron sus Altezas ambos y salieron cuatro ó cinco pasos á él, quitado el rey su bonete, que no sé si hiciera más con el infante D. Luis, su hermano, viniendo fuera del reino. Mandó el rey dar silla á su Reverencia, y aunque le porfió con ella, no bastó la grandeza á vencer la humildad, y así por ésta como por poder oír lo que le hablaba la reina, se puso de rodillas. Sus Altezas le trataron allí con una muy igual afabilidad, dándole gracias por el trabajo que había querido tomar en aquella jornada, y después de haber graciosamente platicado con su Reverencia, como el rey le veía de rodillas, dijo que no podía ya sufrir más verle así, que pasase á ver á la princesa, y mandó que le guiasen por su mismo aposento, y así se despidió aquel día del rey y de la reina.

»Entró el Padre á la princesa, y mostró su Alteza tanto placer con su venida, que se lo conocieron todos.... Aquel día no halló al infante D. Luis en su casa, y así fué otro día al comedimiento que á su Alteza se debía, así por quien es, como por la gran cristiandad de su Alteza y el deseo con que estaba esperando la venida de nuestro Padre, la cual estimó en mucho, y mostrólo con que esos días que su Reverencia estuvo en Lisboa, vino personalmente á visitarle en nuestro colegio dos veces» (2).

Con estas demostraciones de respeto y amor fué recibido San Francisco de Borja por el rey y la corte de Portugal. No contento con esto, mandó Juan III su veedor al colegio de la Compañía, para informarse del P. Rector de todo lo que hubiera menester el P. Francisco. Todos los días se llevaba de palacio á nuestro colegio guisada la comida para el Padre, con la abundancia y delicadeza propias de la casa real, aunque el humilde religioso se contentaba con tomar uno ó dos platos comunes, pues, como decía el P. Bustamante, lo mismo comía el P. Francisco en una venta que en palacio (3). Porque á la entrada de una puerta se dió un golpecito en la cabeza, mandó al instante Juan III su mejor médico para curarle. Casi todos los días le llamaban de palacio. Acudía él con puntualidad, y ora haciendo pláticas en común, ora conversando privadamente con cada

(1) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 543.—(2) *Ibid.*, p. 542.—(3) *Ibid.*, p. 544.

cual, procuraba exhortarlos á todos á santificarse más y más en su estado.

Hasta los juegos de la corte procuró espiritualizarlos el santo varón. Pues como vió que había demasiada afición á los naipes en palacio, formó él un juego de cuarenta y ocho tarjetas, que en la forma y tamaño se parecían á los naipes. En cada tarjeta estaba escrito el nombre de una virtud ó de un vicio, con una máxima piadosa en elogio de la primera ó en detestación del segundo. Repartíanse estas cartas como los naipes, y cada uno de los jugadores debía hacer alguna oración ó mortificación, pidiendo á Dios la fuga del vicio ó la adquisición de la virtud que le tocaba. ¡Dichoso el palacio donde se podía entablar este juego! ¡Dichosos los príncipes que se divertían con este género de naipes! (1).

Como los reyes le prodigaban tan extremadas muestras de respeto y amor, inútil es decir si los cortesanos se afanaban también por honrar al P. Francisco. Todos querían verle y tener un rato de conversación con él, todos escuchaban con veneración sus palabras, y todos se retiraban agradablemente sorprendidos al ver tan bien hermanados en aquel hombre superior los modales de magnate con la pobreza y humildad de religioso. Tan extraordinarios eran los honores que recibía el santo, que, como observaba juiciosamente el P. Bustamante, nunca se hubieran hecho con el rico duque de Gandía las demostraciones que se hacían con el pobre y humilde P. Francisco (2). Reconociendo él mismo los riesgos que podía haber en tantas honras, escribía estas palabras á San Ignacio: «V. P. se acuerde de este su hijo inútil, para que no se le peguen los polvos de Egipto» (3). Y no se le pegaron por cierto. Si era grande la edificación que en todo recibían de Francisco nuestros Padres y Hermanos, ninguna virtud les admiraba tanto en él como la profunda humildad que conservaba en medio de tantas honras. Aquel hombre á quien el rey hablaba con el bonete en la mano, se quitaba respetuosamente el bonete para hablar en casa al Hermano cocinero (4).

8. Á los pocos días de estar en Lisboa San Francisco de Borja, vol-

(1) *Epistolae mixtae*, t. III, pp. 502 y 547. Dice el P. Bustamante que este juego lo había ensayado por primera vez en Toro, en casa de la princesa D.^a Juana.

(2) *Ibid.*, p. 544.

(3) *Epist. S. Franc. Borgiae*. Lisboa, 20 de Setiembre de 1553.

(4) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 545. Además de las cartas del P. Bustamante, véase la que escribió á San Ignacio el P. Mirón el 10 de Octubre de 1553. (*Litterae quadrimestres*, t. II, p. 443.)

vió de Évora el P. Nadal, después de haber promulgado las constituciones en aquel colegio. Reunidos en la corte tres hombres tan eminentes como Torres, Nadal y Borja, completaron sin dificultad lo que faltaba para el arreglo de la provincia. Procuraron completar la dotación del colegio de Lisboa, que se hallaba algo necesitado. Para esto negociaron con la ciudad por medio de D. Pedro Mascareñas, expusieron la penuria del colegio á Juan III, y entre el rey y la ciudad se comprometieron generosamente á suministrar lo que faltaba á los Nuestrós (1).

Otra de las cosas importantes que entonces se realizaron, fué la institución de la casa profesa, que se abrió con la advocación de San Roque. Era la primera que se fundaba en la Compañía después de la de Roma. Para establecerla pidieron los Nuestrós una iglesia dedicada á San Roque y una casa adjunta donde pudiese vivir la comunidad. Hubo sus dificultades en el negocio. La iglesia y la casa pertenecían á cierta cofradía de artesanos, y éstos, aunque se les hizo la petición en nombre del rey, la rechazaron al principio. Con todo eso, hablando D. Pedro Mascareñas en particular con cada uno de los cofrades, los fué ablandando poco á poco, y por fin los redujo á ceder la iglesia y casa con buenas condiciones.

Obtenida esta gracia, dispúsose una devota solemnidad para tomar posesión de la iglesia. Con esta ocasión creyó conveniente el P. Nadal dar noticia á los seglares de la interna constitución de la Compañía, y para esto ordenó que en la misa solemne que se debía celebrar el primer domingo de Octubre, varios de nuestros religiosos hiciesen los diversos votos de la Compañía. Tres Padres debían hacer la profesión solemne, otros dos los votos de coadjutores espirituales, dos Hermanos coadjutores la incorporación de coadjutores temporales, y, finalmente, dos novicios los votos del bienio. Además, á dos postulantes que aquel día tomaban la sotana, se les mandó estar en medio, detrás de los que hacían los votos. La función estuvo concurridísima. Presenciábanla el rey, la reina, el arzobispo de Lisboa y los principales señores de la corte. Al principio predicó un sermón fervorosísimo San Francisco de Borja, después salió el P. Nadal á decir misa, y cuando llegó el momento de pronunciarse los votos, el santo se llegó al estrado real, y arrodillado junto á los reyes, les iba declarando en voz baja el sentido de la fórmula que pronunciaban los religiosos delante del P. Nadal. «Ejecutóse la

(1) *Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 197.

función, dice éste, con gran devoción y lágrimas, no sólo de los Nuestrós, mas aun de los caballeros que presentes eran» (1).

Terminado este acto consolador, dispusieron salir de la corte el P. Nadal para Coimbra y San Francisco para Córdoba. El P. Miguel de Torres quedó en Lisboa como superior del colegio de San Antonio. El día 5 de Octubre despidióse Borja de los reyes de Portugal y tomó el camino de Andalucía (2). De paso hubo de hacer breve detención en Évora y en Villaviciosa para cumplir con el cardenal infante D. Enrique y con el duque de Braganza. En ambas partes fué objeto de las mismas distinciones que se le habían tributado en Lisboa. Dos meses duró aquella excursión del santo en el vecino reino, y siempre tuvo todas las apariencias de una marcha triunfal. La sotana de la Compañía, paseada en un hombre tan noble como virtuoso, era venerada por todas las clases de la sociedad, desde los monarcas que escuchaban con respeto los consejos de Francisco, hasta los pobres á quienes él iba á servir en los hospitales.

Mientras el santo se encaminaba hacia Córdoba, promulgaba el P. Nadal las constituciones en Coimbra. Como este colegio era tan principal, procuró el P. Comisario, no solamente que se entendiesen las constituciones, sino que se ensayase en su presencia la práctica de ellas. Quedó muy contento del espíritu que animaba á nuestros Hermanos estudiantes, los cuales se mostraban tanto más firmes en su vocación y tanto más afectos á la Compañía, cuanto eran más graves los peligros que habían pasado. El 23 de Noviembre volvió á Lisboa, donde quedó admirado del buen orden y concierto con que el P. Torres gobernaba su colegio (3). Los estudios se tomaban con aplicación, los sermones eran más concurridos, y se notaba aumento notable en la frecuencia de sacramentos.

No entraremos en otros pormenores acerca de lo que hizo el P. Nadal en el medio año que empleó próximamente para promulgar las constituciones en Portugal, pues pertenecen á la historia puramente privada de aquella provincia, que nosotros no debemos escribir. Indicaremos solamente las diligencias que hizo para extinguir los últimos restos de las turbaciones pasadas. Tuvo ocasión de tratar con muchos de los salidos de la Compañía. A todos habló con dulzura

(1) *Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 199.

(2) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 549.

(3) Véase además la carta de Nadal ya citada, Polanco, *Historia S. J.*, t. III, p. 436, ó, por mejor decir, léase todo lo que dice de Portugal en las pp. 390-441.

y suavidad, procurando demostrarles la rectitud y justicia de lo hecho por el P. Torres. Como prueba de la sinceridad y verdad con que se había procedido, ofreció á varios de los más principales que, si querían volver á la Compañía y ajustarse á nuestro instituto, él los enviaría á Roma, y allí serían recibidos. Rehusaron ellos este ofrecimiento, y con esto se patentizó, que no les movía el verdadero espíritu de la Compañía, pues facilitándoseles la entrada, rehusaban volver á su seno. Lejos de acceder á las proposiciones del P. Nadal, concibieron un proyecto que en otras circunstancias hubiera podido ser peligroso. Idearon fundar Compañía de Jesús aparte, y corrió la voz de que iba á Roma el principal de ellos, que era Antonio Brandón, para asentar este negocio con el papa. Por lo que pudiera suceder, avisó el P. Nadal á San Ignacio de este proyecto (1). No sabemos que pasara adelante idea tan descabellada, ni que se dieran pasos en Roma para sostenerla. Destituídos del favor real y desprovistos del verdadero espíritu religioso, era imposible que aquellos hombres salidos de la Compañía se entendiesen para una obra tan importante.

Por Diciembre del año 1553 retiróse de Portugal el P. Comisario, dejando perfectamente sosegada la provincia bajo el gobierno del P. Mirón. Para suplir las deficiencias de su talento, tan temibles como lo mostraba la experiencia de lo pasado, el P. Comisario nombró por colateral suyo al P. Torres. Así terminó aquella crisis terrible, cual no sabemos si ha pasado jamás por ninguna otra provincia de la Compañía. Después de año y medio de grandes fatigas, quedaban en Portugal confirmados los Nuestros en su santa vocación, promulgadas las constituciones, ajustados á ellas nuestros trabajos y ministerios, acreditado el nombre de la Compañía con las eminentes virtudes de San Francisco de Borja, y animados todos á buscar la

(1) *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 207. En esta misma carta encontrará el lector curiosas noticias sobre un personaje algo complicado en estos negocios de Portugal, y del cual no hemos dicho nada, de propósito, porque no era absolutamente necesario. Aludimos al cuñado de Juan III, D. Teutonio, religioso entonces de la Compañía y después arzobispo de Évora; con quien se carteo algo Santa Teresa. Habiendo entrado en la Compañía poco antes de estas turbaciones, vino á salir de ella en 1554, después de dar no pocas pesadumbres á San Ignacio. Solamente queremos advertir aquí, que quien quiera conocer en la vida de D. Teutonio el episodio de su permanencia en la Compañía, no debe fiarse de lo que dicen historias impresas de tiempos muy posteriores. Acuda á las cartas de San Ignacio y á las que van saliendo en *Monumenta historica. S. J.*

mayor gloria de Dios en la observancia de nuestro instituto. Debióse tan feliz resultado, después de Dios, á la prudente dirección de San Ignacio, á la oportuna energía del P. Torres y á la acción de otros Padres españoles, secundados muy bien por algunos portugueses, principalmente por el insigne P. Luis González de Cámara